

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

por el presidente Marión G. Romney
El siguiente mensaje es una versión editada de un discurso dado por el presidente Romney en la conferencia general de abril de 1982.

"H a resucitado, no está aquí"

(Marcos 16:6). Estas palabras tan elocuentes, aun en su simplicidad, anunciaron el acontecimiento más significativo que se ha registrado en la historia: la resurrección del Señor Jesucristo, un acontecimiento tan extraordinario que aun los Apóstoles, que habían estado tan cerca de El durante su ministerio y a quienes se les había hablado de lo que sucedería, tuvieron dificultad para comprender la realidad de su significado. Lo primero que llegó a sus oídos concerniente a la resurrección les pareció locura (véase Lucas 24:11), porque ya había millones de hombres que habían vivido y muerto antes de ese día, y en todo valle y colina había cuerpos enterrados en el polvo, pero hasta esa primera mañana de la Resurrección ninguno se había levantado de la tumba.

Cuando hablamos de que Jesús resucitó, estamos diciendo que su espíritu premortal, que dio vida a su cuerpo mortal desde que nació en un pesebre hasta que murió en la cruz, volvió a ese cuerpo, y los dos, el espíritu y el cuerpo, inseparablemente unidos, se levantaron de la tumba como un alma inmortal.

Nuestra creencia es, y de ella testificamos, que Jesucristo no sólo conquistó la muerte y trajo sobre sí su propio glorioso cuerpo resucitado, sino que al hacerlo trajo consigo la resurrección universal. Ese fue el punto cumbre y el propósito de su misión, para la cual fue apartado y ordenado en el concilio celestial cuando fue escogido para ser nuestro Salvador y Redentor.

Concerniente a su ministerio terrenal, su papel como Redentor requería de El cuatro requisitos:

Primero, que su espíritu preterrenal fuera revestido con un cuerpo mortal. Esto se cumplió cuando los humildes pastores recibieron el anuncio de los cielos por medio de un ángel que les dijo: "No temáis; porque . . . os ha na-

Agosto/Septiembre de 1985

cido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor" (Lucas 2:10-11).

Segundo, que sufriera los dolores de todos los hombres, lo que hizo principalmente en Getsemaní, el lugar de su gran agonía. El mismo describió este sufrimiento diciendo que fue tan intenso que causó "que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

"Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres" (D. y C. 19:18-19).

Tercero, que diera su vida. Su muerte en la cruz, después de haber sido rechazado y traicionado, y después de haber sufrido horribles abusos, no se disputa ni aun entre los que no son creyentes. Que El diera su vida voluntariamente, con el expreso propósito de volverla a tomar en la resurrección, no es una verdad aceptada tan universalmente. Sin embargo, así es. Es cierto que fue cruelmente crucificado por hombres inicuos, pero a pesar de todo, tuvo el poder para detenerlos. "Yo pongo mi vida para volverla a tomar", dijo.

"Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar." (Juan 10:17-18.)

Heredó este poder por haber nacido de la virgen María (un ser mortal) y por ser el Hijo de Dios (un ser inmortal celestializado). Habiendo entonces tomado sobre sí la mortalidad, y habiendo sufrido en Getsemaní por los pecados de todos los hombres, y habiendo dado su vida en la cruz, quedaba solamente romper las ligaduras de la muerte —el cuarto y último requisito— para completar su misión terrenal como Redentor.

Repetidamente había enseñado que

el objetivo de toda su vida mortal iba dirigido a esa consumación. Esto fue prefigurado en la declaración que hizo cuando dijo que iba a poner su vida para volverla a tomar. A la acongojada Marta le había dicho: "Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11:25); y a los judíos declaró: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2:19).

La resurrección era una cosa tan ajena a la experiencia humana que hasta sus discípulos creyentes tuvieron dificultades para comprenderla. Sin embargo, hasta los que lo crucificaron habían escuchado la doctrina.

Perturbados por esto, llegaron hasta Pilato y le dijeron: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré". Así pues, con el consentimiento de Pilato pusieron guardia, "no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos" (Mateo 27:63-64).

De manera que estos guardias mercenarios fueron testigos inadvertidamente cuando el ángel abrió la tumba (véase Mateo 28:2-4), el último paso antes de que apareciera el Señor resucitado.

Las pruebas de que Jesús fue resucitado son concluyentes. El domingo, después de la crucifixión que se efectuó el viernes por la tarde, apareció cinco veces a distintas personas. La primera persona que lo vio fue María Magdalena. Temprano en la mañana Pedro y Juan, después de verificar los informes de que el cuerpo de Jesús ya no estaba en la tumba, se retiraron. Pero María se quedó en el jardín llorando. Cuando se volvió del sepulcro, "vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.

"Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.

"Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)." (Juan 20:14-16.)

Tiernamente refrenándola, El volvió a hablarle: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20:14-17).

Luego, muy de mañana, "María la madre de Jacobo, y Salomé" (Marcos 16:1) y otras mujeres fueron a la tumba con especias aromáticas para preparar el cuerpo para su sepultura final. Encontraron que el sepulcro estaba abierto y que el cuerpo no estaba allí. Para su consternación, dos varones con vestiduras resplandecientes se pararon junto a ellas y les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" (Lucas 24:5-6.) "Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, . . . Jesús les salió al encuentro diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron." (Mateo 28:9.)

Más tarde ese mismo día, cuando Cleofas y otro iban camino a Emaús, Jesús se les acercó, pero no lo reconocieron. Les preguntó la naturaleza de sus conversaciones y ellos le repitieron lo que habían dicho las mujeres. Viendo que ellos dudaban, les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!" Entonces les abrió el entendimiento concierne a lo que las Escrituras hablaban de El. Después de llegar a Emaús, "tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas El se desapareció de su vista" (véase Lucas 24:13-31).

Esa misma noche, los discípulos escucharon los informes de que Jesús había aparecido no sólo a Cleofas y a su acompañante, sino también a Pedro. Y "mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos". Para apaciguar el miedo y asegurarles que no era un espíritu, les mostró las manos, los pies y el costado y les dijo: "Yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. . .

"Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

"Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.

"Y El lo tomó, y comió delante de ellos." (Lucas 24:36-43.)

Así pues, en ese día tan significativo, los que habían estado relacionados con El vieron su glorioso cuerpo resu-

citado; y no solamente lo vieron, sino que escucharon su voz y palparon las heridas en sus manos, en sus pies, y también en el costado. Delante de ellos tomó los alimentos y comió. Entonces supieron que había recuperado el cuerpo que ellos mismos habían depositado en la tumba. Su tristeza se convirtió en gozo por el conocimiento de que El vivía y era un Ser inmortal.

Durante cuarenta días estuvo con sus discípulos en la Tierra Santa; otra vez se les manifestó en Jerusalén, cuando Tomás estaba presente (véase Juan 20:26-29)7y también en la orilla del mar de Tiberias. Allí los instruyó cómo echar sus redes para pescar, comió con ellos, les dio alimentos que El mismo cocinó en las brasas y los instruyó en el ministerio (véase Juan 21:1-14). En un monte de Galilea comisionó a los once para que enseñaran el evangelio a todas las naciones. (Véase Mateo 28:16-18.) Y finalmente, después de que los bendijo en Betania, lo vieron cuando "fue llevado arriba al cielo". (Véase Lucas 24:50-53.)

Cumplida su misión en Palestina, el Señor visitó a los neritas en América para que ellos también supieran de su resurrección. El Padre lo presentó a ellos con estas palabras: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco". Cuando lo vieron descender de los cielos, lo describieron como a "un hombre . . . vestido con una túnica blanca". Se presentó como "Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo". Lo vieron, lo escucharon y, ante la invitación de él, "metieron sus manos en su costado, y palparon las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies, . . . y supieron con certeza y dieron testimonio de que era el Redentor resucitado". (Véase 3 Nefi 11:7-15.)

Así como se manifestó después de su resurrección a sus seguidores en la Tierra Santa y después a los neritas en América, así se ha manifestado en nuestros días. De hecho, esta dispensación comenzó con una gloriosa visión en la cual el profeta José fue visitado por el Padre y el Hijo. El escuchó sus voces, porque los dos le hablaron. Dios el Padre le presentó a Jesús resucitado. El Profeta vio sus gloriosos cuerpos y después los describió: "El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre; así también el Hijo" (D. y C. 130:22).

Aproximadamente doce años más tarde el Salvador se manifestó a José Smith cuando estaba con Sidney Rig-

Así como se manifestó después de su resurrección a sus seguidores en la Tierra Santa y después a los nefitas en América, así se ha manifestado en nuestros días.

don. Los dos dieron testimonio "¡que vive! Porque", dijeron, "lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre" (D. y C. 76:22-23).

En el Templo de Kirtland el Profeta lo vio otra vez, en esa oportunidad en compañía de Oliverio Cowdery. "El velo fue retirado de nuestras mentes", escribieron, "y los ojos de nuestro entendimiento fueron abiertos.

"Vimos al Señor sobre el barandal del pulpito, delante de nosotros; y debajo de sus pies había un embaldosado de oro puro del color del ámbar.

"Sus ojos eran como llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su semblante brillaba más que el resplandor del sol; y su voz era como sonido del estruendo de muchas aguas, sí, la voz de Jehová, que decía:

"Soy el primero y el último; soy El que vive, soy El que fue muerto; soy vuestro abogado ante el Padre." (D. y C. 110:1-4.)

Jesús era el único que podía llevar a cabo la expiación infinita que se requería, puesto que era la única persona sin pecado que vivió sobre la faz de la tierra, ofreció una vida sin mancha y, como Hijo de Dios, tuvo poder sobre la vida y la muerte. Ninguno hubiera podido quitarle la vida si El no hubiera estado dispuesto a entregarla.

"Nadie me la quita", dijo, "sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:18).

Fue, por lo tanto, por medio de actos de infinito amor y misericordia que El vicariamente pagó la deuda de la ley quebrantada y satisfizo las demandas de la justicia.

Estamos endeudados aún más con Jesucristo, porque por su expiación no sólo satisfizo las demandas de la ley de justicia, sino que también impuso la ley de la misericordia, por medio de la cual el hombre puede ser redimido de



la muerte espiritual. Porque, en tanto que el hombre no es responsable de la muerte mortal, sí lo es de la muerte espiritual, que lo aleja de la presencia de Dios.

Toda persona que mora en la tierra está sujeta a las influencias de la rectitud y también a las de la maldad. Está también investida con el don divino del albedrío moral, en el ejercicio del cual ningún ser humano que haya vivido hasta la edad de responsabilidad, salvo Jesús, ha sido capaz de resistir la influencia del mal en todas las cosas. Todos hemos pecado. Por lo tanto, toda persona es impura hasta el grado en que ha pecado, y por esa impureza es desterrada de la presencia del Señor mientras los efectos de su pecado estén sobre ella.

Puesto que padecemos esta muerte espiritual como resultado de nuestras propias transgresiones, no podemos pretender que se nos libre de ella reclamándolo como si se tratara de un asunto de justicia. Ni tampoco persona alguna tiene dentro de sí el poder para que la restitución sea tan completa que pueda limpiarla totalmente de los efectos de sus malas obras. A fin de que el hombre pueda ser libre de las consecuencias de sus propias transgresiones y regresar a la presencia de Dios, debe ser el beneficiario de un poder superior que lo libre de los efectos de sus propios pecados. Con este propósito se concibió y se llevó a cabo la expiación de Jesucristo.

Ese fue el acto supremo de caridad del mundo, realizado por Jesús por

causa de su gran amor por nosotros. De esa manera no sólo cumplió con las demandas de la justicia —por la cual hubiéramos permanecido atados a los efectos de nuestras propias transgresiones para siempre— sino que El impuso también la ley de la misericordia, por medio de la cual todos los hombres pueden ser limpiados de sus pecados.

No obstante lo que creamos o la manera en que vivamos, todos vamos a resucitar; por medio de la expiación de Cristo, está garantizada la redención de toda alma de la tumba, sin condición alguna. Sin embargo, esto no es así con respecto al perdón y a la redención de los efectos de nuestros propios pecados. Las únicas personas que son así perdonadas y redimidas son aquellas que aceptan y obedecen los térmi-

nos prescritos por el Redentor; de esta manera se colocan en posición de recibir los beneficios de Su sangre expiatoria en lo que concierne a sus propios pecados.

El ha prescrito los términos de su evangelio —el Evangelio de Jesucristo—, que es la ley de la misericordia, cuyo primer requisito es aceptar a Jesús por lo que es: nuestro Redentor. Esto es la "fe en el Señor Jesucristo" (Artículos de Fe 1:4). Después sigue el abandono de nuestros pecados y hacer restitución hasta donde sea posible. A esto se le llama arrepentimiento.

Si no cumplimos con estos requisitos y con los demás principios y ordenanzas del evangelio, nos deja fuera del alcance del plan de misericordia, y quedamos a merced de la ley de la justicia, por medio de la cual tendremos que sufrir por nuestros propios pecados, aun como lo hizo Jesús (véase D. y C. 19:16-18). Porque "aquel que no ejerce la fe para arrepentimiento queda sujeto a todas las disposiciones de las exigencias de la justicia; por lo tanto, únicamente para aquel que tiene fe para arrepentirse se realizará el gran y eterno plan de la redención" (Alma 34:16).

Al meditar acerca de la Expiación —por medio de la cual se me asegura la resurrección y, de acuerdo con mi fe, mi arrepentimiento y la fidelidad que demuestre hasta el fin, se me da la oportunidad de obtener la remisión de mis pecados— siento la mayor gratitud de la que soy capaz. Mi alma responde plenamente a las palabras del himno: "Cuan asombroso es que El amárame y rescatárame; Oh, sí, asombro es, siempre para mí". •

Ideas para los maestros orientadores.

Quizás deseen recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:

Agosto/Septiembre de 1985

1. Jesús tuvo que cumplir con cuatro requisitos durante su ministerio terrenal. Tenía que nacer como ser mortal; tenía que sufrir el dolor de todo el género humano, incluyendo el sufrimiento en Getsemani; tenía que dar su vida voluntariamente; y tenía que levantarse nuevamente, rompiendo así los lazos de la muerte.

2. Ha habido muchos testigos del Señor resucitado. Durante los días posteriores a su resurrección, se le apareció a sus discípulos en la Tierra Santa y a los neritas en América. También se ha manifestado varias veces en nuestra época.

3. Cristo, por medio de su expiación, ha redimido al hombre de la muerte física por medio de la Resurrección. El también puede redimir al hombre de la muerte espiritual, la cual se ocasiona a sí mismo a causa de sus propios pecados. La resurrección se da a todo el género humano incondicionalmente. El perdón y la redención los reciben únicamente aquellos que aceptan y cumplen con las condiciones prescritas por el Salvador, empezando con la fe y el arrepentimiento.

4. Jesús pudo llevar a cabo el sacrificio expiatorio porque se encontraba sin pecado alguno y porque tenía poder sobre la vida y la muerte.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Exprese sus propios sentimientos sobre la Expiación. ¿En qué forma ha afectado su vida la expiación del Salvador? Invite a los miembros de la familia a compartir sus sentimientos.

2. ¿Hay escrituras y citas que aparecen en este artículo que la familia podría leer en voz alta y analizar?

3. ¿Sería mejor hablar con el jefe de la familia antes de presentar este mensaje? ¿Hay algún mensaje del líder del quórum o del obispo para el jefe de familia, relacionado con la misión del Salvador?

No obstante lo que creamos o la manera en que vivamos, todos vamos a resucitar; por medio de la expiación de Cristo está garantizada la redención de toda alma de la tumba, sin condición alguna.